puede conservar á todos los hombres en consideracion de un hombre destruido." [1]

Pero, ¡qué! la idea de un hombre tal, en vez de considerarse realizable, ¿no debe filiarse entre los sorprendentes y bellos imposibles de una vehemente y loca fantasía? Si para resolver este problema hubiésemos de contar exclusivamente con los miserables destellos de la humana inteligencia, aquí deberiamos detenernos á la luz del desengaño, para entonar el cántico de muerte á la esperanza de la felicidad. En efecto, una víctima tal no puede ser un Dios, porque Dios es impasible; tampoco puede ser ninguno de los miembros de la estirpe maldita, porque una víctima contaminada y corrompida no es víctima de propiciacion. Si pues se necesita una víctima humana, exenta del contagio comun y capaz de una satisfaccion y de un merecimiento infinito, preciso es renunciar á la esperanza; porque no siendo la humanidad capaz de producirla, ni la Divinidad capaz de padecer, tampoco debe contarse la salvacion del género humano en el número de los posibles. Mas afortunadamente la fe nos recibe donde la razon nos abandona, y á los últimos destellos del discurso, sucede el esplendor eterno de los dogmas. La razon ha confesado su impotencia, pero al tiempo mismo de colocarnos en el puerto: porque el misterio de la Encarnacion viene á resolver por último el gran problema en que está vinculada la suerte de los hombres. El Verbo Divino se reviste de la naturaleza humana, y esta naturaleza, escogida á propósito para tan grande objeto, es mas pura que la aurora, mas limpia y clara que el astro de los dias. He aquí pues al Mediador que se necesita, porque llena todas las condiciones que exige nuestro remedio. Esta humanidad, elevada por la union hipotástica con la Divinidad en la persona del Verbo hasta el rango de lo infinito, puede representar, no uno, sino millares de mundos; puede satisfacer, no solo para uno, sino para millares de mundos. Inocente y pura, se carga de todos los delitos del hombre, sin tener que satisfacer nada por sí misma, y es en toda la extension de la palabra, una víctima de propiciacion. Infinita por la divinidad del Verbo que con ella se ha vestido, puede satisfacer con su sacrificio á la justicia infinita muriendo por el hombre, y derramar sobre todo él cuantas bendiciones y gracias pueden salir del manantial inagotable y eterno de la Bondad divina.

Concluyamos pues de todas las reflexiones precedentes,

1 *Bonald*, obra y lugar citado. (Extracto.)

que supuesta la satisfaccion exigida por Dios, no podia salvar al hombre sin perdonarle, ni perdonarle sin ejercer un acto de infinita bondad; ni ejercer este acto sin el que pedia la satisfaccion á su justicia, ni obtener esta satisfaccion, sino sacrificando una víctima de infinito precio, ni hallar esta víctima, sino en una persona donde estuviesen reunidas la naturaleza divina con la naturaleza humana; que era necesario un Mediador, que este Mediador debia ser Dios y hombre verdadero.

CAPITULO IV.

PROMESAS DE UN REDENTOR.

Aunque Dios, como se ha dicho hasta aquí, en el plan eterno de reparacion hizo entrar como una necesidad precisa para perdonar al hombre, el quedar plenamente satisfecho de la ofensa que le hizo el pecado, no por esto dejó de atender á esta necesidad imperiosa, á esta condicion precisa que el hombre era incapaz de cumplir por sí mismo. La redencion era una obra divina, y otorgándola el Señor hizo una gracia á los hombres en toda la extension de la palabra. Así es, que desde el momento mismo en que hace conocer al hombre su pecado, le infunde la esperanza, para que no caiga de ánimo bajo el peso mismo de su miseria. Atento á la fatal gradacion que tuvo aquel mal, y considerando por otra parte que el primer móvil y causa del pecado fué el demonio, que hizo caer á nuestros primeros padres, comenzó por maldecir al demonio con aquella maldicion que entrañaba ya todas las esperanzas de la humanidad. Parece que se llenó de compasion á la vista de su creatura seducida y delincuente, y que no quiso pronunciar sobre ella la sentencia sin adelantarle ántes una palabra de salvacion y de esperanza. Antes pues de pronunciar el anatema contra Eva y su marido, dijo á la serpiente: "Por cuanto hiciste esto, maldita tú eres ó seas entre todos los animales y bestias de la tierra: andarás arrastrando sobre tu pecho, y tierra comerás todos los dias de tu vida.—Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás asechando á su calcañar." [1]

Prescindamos de esa parte del anatema que recae sobre

1 Génes., cap. III, V. 14 y 15.

el animal mismo, cuya figura tomó el demonio para tentar á Eva; y considerémos tan solo la que mas de vivo hiere la soberanía del demonio, esas enemistades futuras que habia de suscitar el Altísimo entre el tentador y la mujer, entre su raza y la descendencia de aquella, esa profecía del triunfo completo de la humanidad sobre los demonios, esa cabeza del dragon que en la plenitud de los tiempos habia de ser quebrántada por la planta de María, de cuyo seno virginal saldria el Deseado de las naciones, el Redentor del mundo.

El demonio se ofrece á la vista de Eva bajo el carácter de un poder amigo que se interesa en su felicidad, y por esto la seduce. La seduccion de Eva, pasando á su marido, coloca á la humanidad en pleno concierto con el demonio. El primer triunfo pues de éste sobre aquella, fué el de una especie de alianza contra Dios. Era consiguiente á esta alianza la que seguiria teniendo sobre las generaciones descendientes de Adan y Eva, y esta es la segunda victoria que adquiere contra el hombre. Entónces, orgulloso con haber arrebatado al Señor su obra maestra, lleva sus miradas insolentes por todo el curso de los siglos. Ve á los hombres tributarios de su imperio, y embriagado en el infame goce de este dominio, levanta su cabeza como para ostentar su señorío sobre la tierra. El Señor entónces, á la vista de tan profunda malignidad, de este odio enconado del ángel rebelde, ocupado al parecer, ménos del pecado del hombre que de la zaña del tentador, se dirige inmediatamente contra éste, y con el anatema terrible que sale de sus labios, desbarata sucesivamente estos castillos fantásticos, estos sueños de dominacion que la soberbia triunfante habia formado en aquel espíritu réprobo. "Yo pondré enemistades entre tí y la mujer," dijo y acabó la alianza del hombre con el demonio; "entre tu raza y la descendencia suya," y quedó cortado el hilo de esta amistad que se lisonjeaba de sostener en el curso de los siglos con todas las generaciones. "Ella quebrantará tu cabeza," dijo, y aquella testa que agitaba la corona sobre el mundo, bajó á revolverse con el polvo para quedar postrada en espera de aquella planta divina que al cabo de cuarenta siglos habia de venir á despedazarla.

De esta suerte el triunfo pleno del demonio sobre la humanidad, fué instantáneo, pues habia quedado deshecho aun antes de que Dios residenciase al hombre. Por esto, cuando el Señor entabla el juicio del pecado original no tiene palabras de reprobacion, ni anuncia otra cosa que castigos de misericordia. Diríase que aun entónces la justicia divina figuraba en segundo término, y que las palabras de Dios á

Adan y Eva fueron el emblema precioso de su conducta con el pecador, la gran profecía de la esperanza del género humano. Volvamos á estas palabras, porque es mui grato para el corazon repasar una y mil veces estos bellos títulos que le sostienen en los sentimientos de la bienaventuranza.

Adan y Eva, profundamente corridos de su pecado, fueron á esconder su vergüenza en la espesura de los árboles, obedeciendo á un instinto de la naturaleza caida y recelando sobre todo el tremendo juicio del Dios vivo. Cada momento que pasa es una pena nueva, una nueva avenida de aflicciones y tormentos para el corazon: las alarmas de aquella primera familia se multiplican con las respiraciones de su pecho; cada hoja que se menea, el mas ligero ruido del viento los penetra de nuevos y nuevos sobresaltos. Presienten el juicio de Dios, y la idea de su falta no les deja mas que temor. Entónces el Señor llamó á Adan y le dijo: "¡Dónde estás?" ¡Qué palabra! ¡qué conducta! Temerian sin duda, porque debian temer nuestros primeros padres; pero es de creer que la primera palabra del Señor daria sin duda cierta tregua á las mortales agitaciones de su alma. "¡Dónde estás?" ¡O palabra llena de bondad! ¡ó tierna y dulce solicitud de un Dios misericordioso! "¡Dónde estás?" ¡O vosotros progenitores de la humanidad entera! ¡qué sintió vuestro corazon atribulado al escuchar estas primeras palabras de vuestro Dios!

Estas palabras se vinieron repitiendo, y se repiten y repetirán tambien hasta la consumacion de los siglos en el oido interior del hombre delincuente. El Señor hace esta pregunta, no porque ignore el triste paradero del alma en pecado, sino para volverla de sus caminos torcidos, para prepararle á una verdadera conversion. Este es el primer acto de ese drama feliz entre Dios misericordioso y el hombre delincuente que se convierte.

Mas esta palabra de vida para surtir sus maravillosos efectos, debe ser no solamente oida, sino escuchada y correspondida del hombre. ¡Dichoso aquel que, cuando Dios le habla, pronuncia esta respuesta sencilla pero eficaz para la conversion, que pronunció nuestro primer padre: "He oido tu voz en el paraiso, y he temido, porque estoi desnudo, y así me he escondido."

El temor que nace en el alma que escucha la voz de Dios, es un don del Espíritu Santo, es una gracia divina, es la primera página, digámoslo así, de la historia de la conversion. El hombre conoce todo el tamaño de su crímen y teme la justicia de Dios; entra en sí mismo y se desconcierta y ano-

nada en vista de su desnudez, que por un lado es una manifestacion de su propio pecado, y por otro es un espectáculo de su debilidad y de su miseria. ¿Qué hará el hombre en este estado? La naturaleza humana, flaca, impotente, muerta, digámoslo así, á todo esfuerzo, no tiene mas que un instinto, el de la vergüenza; no tiene mas que un recurso, un recurso inútil respecto de Dios, el de esconderse: porque, ¿dónde se esconderá el hombre de Dios? ¿dónde se esconderá el hombre de sí mismo?

El Señor no exige otra cosa, bástale ver á su creatura humillada y confundida; pero quiere simpre ilustrarla sobre su propio mal, quiere ponerla en frente de sí misma para que comprenda toda su deformidad, quiere que entre en el triste pero saludable exámen de su propio delito; porque el que se juzga á sí mismo delante de Dios no será juzgado sino en su misericordia. Por eso el Señor, que quiere conducir como por la mano los pasos del arrepentimiento á la piscina de la penitencia, le replica á Adan: "¿Pues quién te ha hecho advertir que estás desnudo sino el haber comido del fruto que yo te habia vedado que comieses?"

Adan se confunde mas y mas en vista de esto; entra en sí mismo, recorre los tristes hechos que acaban de pasar, y ya no quiere otra cosa sino mostrarlos con una santa sinceridad. "La mujer que tú me diste por compañera, le dice, me ha dado del fruto de aquel árbol, y le he comido." Eva, que hasta entónces habia presenciado en silencio un juicio que le era comun con su marido, ve llegar su turno y responde con la misma sinceridad: "La serpiente me ha engañado y he comido."

He aquí la confesion, y la confesion con todos sus caracteres: es decir, una confesion personal hecha por la boca del mismo delincuente, una confesion humilde y expiatoria que se hace sobre el conocimiento de su propia bajeza y á pesar de los obstáculos de la vergüenza; una confesion íntegra que comprende todo el pecado con todas sus circunstancias agravantes; una confesion dolorosa precedida del temor, acompañada de la amargura interior del corazon.

La confesion pues es tan antigua como el género humano: se meció en la cuna de la primera culpa, y de Adan hasta hoi ha figurado y figura como una condicion precisa para el perdon de los pecados y el ejercicio de la misericordia. De entónces hasta Jesucristo la vinieron repitiendo todos los justos y todas las almas penitentes, como de Jesucristo á esta parte ha sucedido. Las mas bellas inspiraciones del Profeta-Rei parecian salir del sentimiento de su pecado y de su esperanza en la misericordia.

Pasémos adelante. Concluido este juicio entre Dios y el hombre, solo faltaba el último acto que le termina, el acto de la sentencia. ¿Qué sentencia pronunciará el Señor? Verdad es que hasta entónces el hombre nada puede esperar, y que si su reconciliacion verdadera con Dios ha de ser precedida de una satisfaccion digna, no siendo la humanidad capaz de darla, ni ella podrá esperar sentencia favorable, ni Dios la pronunciará. He aquí porqué el Señor se abstiene de fallar, no quiere pronunciar su juicio hasta no haber maldecido á la serpiente, hasta no haber anunciado á un Redentor, que tanto así quiere decir el sagrado texto que analizamos al principio. El Señor pronuncia estas palabras: "Yo pondré enemistades entre tí y la mujer:" he aquí la gracia indispensable para la conversion; pero gracia que solo Dios puede dar. Esta enemistad entre el hombre y el demonio es lo mismo que una detestacion del pecado, de la causa del pecado, del demonio que tienta para hacer nacer el pecado. "Yo pondré enemistades entre tí y la mujer," dijo, y se rompieron las hostilidades entre el infierno y la tierra, y cayó de las manos del dragon el corazon de nuestra primera madre, y ella fué la primera implacable enemiga del demonio, el tierno objeto de la gracia preveniente, de la gracia concomitante.

Estas enemistades trascenderian tambien á los descendientes de Eva con toda la generacion del demonio, es decir, con los otros demonios que le obedecen, con el mundo pervertido que le ayuda, con la carne rebelde que le allana los caminos de la victoria.

Despues de todas estas promesas, de todas estas gracias, el alma espera todavía la gran víctima de propiciacion, el Santo Redentor del mundo, Aquel en quien y por quien el hombre se habia de salvar y Dios habia de perdonar al mundo. "Ella quebrantará tu cabeza." Palabras de plenitud, palabras omnipotentes; palabras millones de veces mas fecundas que aquellas que fueron sacando de la nada á todos los seres; palabras al mismo tiempo históricas y proféticas; históricas, porque la sola promesa del Redentor bastaba para salvarse: proféticas, porque se refieren al nacimiento, á la vida y á la triunfante muerte del Unigénito del Padre.

"Ella quebrantará tu cabeza." ¿Quién es esta Ella, y cómo ha de quebrantar la cabeza del dragon? Esta ella es la segunda Eva, la Eva de la gracia, la Eva de la plenitud, la Eva del triunfo, la Eva de la gloria. Esta Eva es aquella que habia de aparecer incomparablemente mas brillante y mas pura que nuestra primera madre cuando salió de la cos-

tilla de Adan, que habia de ser concebida sin pecado original, para que en todo y por todo quebrantase la cabeza del dragon, y para que ni un instante solo fuera su esclava como toda su ascendencia. Esta Ella es María, hija de Joaquin y Ana; pero por su glorioso destino que tuvo desde la eternidad en la predileccion de Dios, unida con esta Magestad excelsa con todos los vínculos, predestinada en los designios, en la sabiduría y en el amor del Altísimo, para presentarse bajo el triple carácter de su Madre, de su Hija y de su Esposa. Esta Ella es María Santísima, Madre de Dios, que habia de concebir y concibió en efecto por obra del Espíritu Santo en su vientre purísimo, á Jesus Unigénito del Padre, Legislador, Pontífice, Rei eterno, Salvador del mundo.

María pues habia de quebrantar la cabeza del dragon, dando á luz al Vencedor del demonio, al Redentor del género humano: porque Jesucristo vino á restaurarlo todo, vino á ameritar las miserables obras del hombre, á prodigar su sangre á su pecado, su luz increada á sus espesas tinieblas, la vida de su gracia á la muerte de la culpa, la gloria de su triunfo al infame vasallaje del demonio. Vino á restaurar en el entendimiento la imágen de Dios, esta imágen casi borrada por las tinieblas de la ignorancia y del error, otorgándole la gracia de la fe. Vino á salvar al hombre moral restaurando la virtud que habia desaparecido; vino á salvar el corazon, presa de la barbárie, víctima de las pasiones, embrutecido por todos los vicios, limpiándole del pecado é introduciendo aquel fuego que vino á traer á la tierra, el fuego de la caridad; vino á hacerle sabio contra su ignorancia, fuerte contra su debilidad, santo contra su corrupcion, inmortal contra la muerte misma. He aquí el cómo habia de quebrantar una descendiente de Eva la cabeza del dragon.

Ya desde entónces María quedaria legada al mundo como su Reina, como su Madre, como su apoyo y como su esperanza. Sería ella el adversario mas terrible del enemigo vencido, porque nos concebiria tambien á nosotros para la gracia y nos haria nacer para la gloria. Esta reina celestial presentiria su gloria y su triunfo desde el momento de la Encarnacion, cantaria las gracias del Señor y se veria pasar al través de las edades entre los tributos del cielo y los homenajes de la tierra. Quebrantaria la cabeza del dragon por la eficacia de su proteccion para con el hombre y por el tesoro infinito de gracias que el Altísimo habia de repartir por sus manos.

Tendria un trono en el cielo y otro trono en la tierra para ser la gracia de la Iglesia que milita y la gloria de la Iglesia

que triunfa, gracia y gloria en su Hijo Unigénito que se habia de complacer en el poder y en la gloria de su tierna Madre. Destinada estaba para presidir acá todas las grandezas que conservan su valor para la eternidad, que habia de ser el celo de aquellos que fueron enviados para evangelizar al mundo, la fortaleza de aquellos que sellaron con su sangre la religion de Jesucristo, la virtud preciosa de aquellas hijas de la soledad que, guardándose para Dios, rehusan esposo mortal, la sabiduría de aquellos que confesando sin cesar á Jesucristo con sus obras y con sus palabras, habian de mostrarse como la sal de la tierra y la luz del mundo; en fin, el centro de aquel círculo de oro que ha de rodear el trono del Cordero, y por lo mismo la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, la habia de proclamar un dia Madre de la divina gracia, y Reina de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes y de todos los santos.

Nos hemos extendido tal vez demasiado; pero es imposible resistir á los sentimientos que inspira este primer título de la bienaventuranza, y esta gloria que tiene la humanidad, militando bajo el cetro de María. Se ha visto pues cómo fué prometido un Redentor al hombre; cómo esta primera promesa está encerrada en las palabras del sagrado texto que acabamos de analizar; y ya se verá por qué, cuando Dios pronunció el fallo del pecado original contra la humanidad toda en las personas de Adan y Eva, perdonó la pena eterna y se limitó á la pena temporal, que consiste en los trabajos de la preñez, el dolor del parto, la sujecion al marido por parte de la mujer, así como en las penalidades, fatigas, miserias, trabajos de la vida por parte del hombre, y por último en la sujecion de ámbos á la muerte temporal.

Fué tambien una consecuencia igual para los dos y comun para toda la especie humana el desórden introducido en todos los elementos de nuestro ser, la contienda del espíritu con la carne, la lucha entre las pasiones y la lei, la vida de tentacion y la sujecion al pecado. Mas aunque estos tristes caracteres de la degeneracion humana seguirian presentándola en un estado de humillacion, la gracia del Redentor bien correspondida de la naturaleza, podia y de hecho puede restablecer el órden moral, sujetando las pasiones á la lei, resistiendo á las sujestiones del enemigo, avasallando la carne y ofreciendo al cielo la castidad humana combatida y triunfante como una rosa entre espinas.

CAPITULO V.

(Continuacion.)

NUEVAS PROMESAS DE UN REDENTOR.

Aunque bastante explícita esta promesa de un Redentor para el mundo delincuente, no excusaba, digámoslo así, la necesidad de irla renovando con el trascurso de los siglos; en primer lugar, porque podia irse borrando esta tradicion primitiva á medida que se propagase la humanidad y se dispersasen las familias para formar pueblos separados; en segundo lugar, porque debiendo trascurrir cuatro mil años entre la primera culpa y la universal reparacion del pecado, los hombres podian con el tiempo debilitar su esperanza, desconfiar de la promesa y no portarse como quien espera su redencion; en tercer lugar, porque esta promesa anuncia en general la futura venida del Redentor; pero no determina el tiempo ni el pais en que ha de nacer, ni el pueblo de donde ha de salir, &c., &c. Por todas estas razones y otras muchas que no alcanzamos, determinó el Señor ir renovando de tiempo en tiempo esta promesa divina para que ella fuera sosteniendo á todos los que habian de salvarse en Jesucristo, para que fuese creciendo mas y mas la grande espectativa de su llegada, y para que se fijase mas y mas la atencion del género humano en todas las otras que le debian de caracterizar, en todos los oráculos que le habian de predecir. Así es que las promesas del Redentor fueron repitiéndose de tiempo en tiempo desde Adan, á quien se le hizo la primera, hasta David á quien se le hizo la última. Recorrámoslas pues una por una para mayor instruccion, observando de paso cómo cada oráculo nuevo añade circunstancias mas características para que no pueda haber ni la menor equivocacion.

§. I.

Segunda promesa del Mesías.

La primera promesa del Mesías ocupó exclusivamente la primera época del mundo; pasó con las tradiciones por todos los descendientes de Adan. Pero esta época concluyó con el diluvio universal, y por lo mismo fué renovada á la descendencia de Noé, que se salvó en la arca para ser el segundo padre del género humano. "Un nuevo mundo, una

nueva tierra comenzó, por decirlo así, despues del diluvio; empero la tierra, herida de maldicion por el pecado del primer hombre, va perdiendo por un efecto natural de tan grande inundacion una parte de su fuerza y fecundidad. Hasta el diluvio habia sido fértil y vigorosa; mas la gran cantidad de agua que la inundó por tantos dias, fué causa de que las palmas, privadas de calor y cubiertas de vapores, perdieran su virtud: el aire cargado de excesiva humedad, la carne de los animales y el vino de que el hombre abusó, fortificaron la corrupccion; la vida humana, que hasta entónces duraba cerca de mil años, se fué acortando poco á poco hasta el término de ciento cuando mas. Así se ejecutó el decreto de la Justicia divina contra el hombre culpable.[1]

"Noé trasmitió á sus hijos las verdades de la religion, particularmente la promesa del Redentor futuro."

"Por un decreto admirable de la Providencia, Noé vivió trescientos cincuenta años despues del diluvio. Dios alargó los dias de su vida para que en este intervalo los hijos estuvieran á la vista de su padre comun, y pudieran aprender y conservar las verdades de la religion que él mismo les enseñara."

Multiplicóse empero la descendencia de este patriarca, hasta el extremo de pensar ya en separarse. Entre tanto, algunos de ellos concibieron y empezaron á ejecutar la extraña y loca idea de una torre que llegase hasta el cielo: proyecto que Dios les frustró confundiendo sus lenguas, haciendo que no se entendiesen unos á otros y obligándolos por este motivo á dispersarse por todos los paises del mundo. En consecuencia, sucedió que miéntras los hijos de Noé llevaban la memoria de todos los acontecimientos relativos á la religion, y por consiguiente conservaban y trasmitian la primera promesa, otros lo fueron olvidando todo gradualmente hasta desconocer á Dios, olvidar los principios de la moral, &c., &c., hasta el extremo que hemos visto. Creció, como es de suponer, la corrupcion del mundo, y esto sucedió hasta tal grado, que Dios lo abandonó á su propia corrupcion. Sin embargo, en este nuevo diluvio de iniquidad, flotaba un brillante resto de la antigua justicia, una familia fiel al Señor, la familia de Abraham.

"Abraham, descendiente de Sem, fué elegido para ser el tronco y padre de este nuevo pueblo, del que debia nacer el Mesías. Desde la eternidad se determinó que el Salvador naciera en la Judea, que se llamaba entónces el pais de Cha-

1 Génes. VI, 3.

naam. Por eso hizo venir á esta region al hombre de quien el Mesías habia de ser su hijo segun la carne. Habitaba Abraham léjos de este pais, en otro llano de la Caldea, y de aquí es donde le hizo venir el Señor: "Deja el pais donde " vives, le dice, y ven á la tierra que yo te mostraré. Ella se- " rá para tus descendientes, los que multiplicaré como las " estrellas del firmamento y las arenas del mar." A tan magnífica promesa añade Dios otra mayor todavía; esta fué la promesa del Mesías: "Serás bendito, dice el Señor, " y todas las naciones del universo lo serán en tí, es decir, " en el que nazca de tí," como despues lo explica el mismo Dios."

"Esta segunda promesa hecha al patriarca Abraham, dice mucho mas que la primera. Aquella no decia el pueblo del cual habia de nacer el Mesías; este lo indica en términos precisos: Nacerá de la familia de Abraham. Todas las demas naciones se hallan fuera de estas promesas; no hai pues que buscar en ellas al Redentor. La primera decia que él quebrantaría la cabeza de la serpiente. La segunda explica el sentido de estas palabras, diciéndonos que el Mesías destruirá el imperio del demonio atrayendo todas las naciones al conocimiento del verdadero Dios, en el cual se encuentra su verdadera bendicion. Así pues: primero, este gérmen bendito prometido á Eva, será tambien el gérmen y vástago de Abraham: segundo, la victoria que alcanzará sobre el demonio, consistirá en atraer á los hombres al conocimiento y culto del Creador: tercero, este hijo de Eva y de Abraham destruirá en todo el universo el imperio del demonio, destruyendo la idolatría, que no es otra cosa que el reinado de Satanás, y restableciendo el culto del verdadero Dios. La conversion de los gentiles, es decir, de los paganos, se halla marcada en las Divinas Escrituras, como la obra distintiva del Mesías."

§. II.

Tercera promesa del Mesías.

"Abraham, lleno de dias y de merecimientos, llegó al término de una honrosa vejez, contando ciento setenta y cinco años. Habia llegado el tiempo de que terminase una vida larga y probada en el ejercicio de todas las virtudes con que debia estar adornado el hombre á quien Dios habia elegido para ser gefe de un pueblo nuevo, fundador de una nacion santa y padre del Mesías, digno de que por su fé se llamara

padre de los *creyentes*, y de que el Soberano del universo fuese conocido por el Dios de Abraham."

"Los dos hijos mayores, Isaac é Ismael, cumplieron sus últimos deberes. Segun su voluntad, fué enterrado junto á Sara su esposa, en la cueva doble que está situada en el campo de Ephron, hijo de Seór Heteo, en frente de Mambre."

"Abraham habia comprado este campo treinta años ántes para sepulcro suyo, porque estaba en el valle y al pié de la montaña, en la que habia consagrado un altar al Señor, de quien esperaba su resurreccion gloriosa y la consumacion de su felicidad. El Señor, como hemos visto, habia prometido á Abraham que de su posteridad nacería el Mesías, y que sus descendientes poseerian algun dia la tierra de Chanaam; por consiguiente, que el Mesías nacería en esta region. Esta promesa nos dispensa buscar al Mesías: primero, en ningun otro pais; segundo, en ningun otro pueblo que en el descendiente de Abraham. Mas he aquí que esta promesa queda como oscurecida, ó mas bien exige una nueva explicacion."

"Abraham tiene siete hijos, de los cuales Isaac é Ismael son los primogénitos. ¿Cuál de estos dos ha de ser el padre del Mesías? Es necesario una nueva luz; mas no la esperaremos mucho tiempo."

"Un hambre general se deja sentir en el pais de Chanaam, habitado por Isaac. Este piensa ausentarse cuando el Señor se le aparece y le anuncia que él es el heredero de la gran promesa y que de él nacerá el Mesías. "No te vayas " léjos, le dice el Dios de Abraham; quédate en el pais que " yo te señalaré. Mora como extranjero en ella, y yo seré " contigo: te bendeciré, y á tí y á toda tu posteridad daré to- " das esas tierras en posesion: multiplicaré tu posteridad co- " mo las estrellas del cielo, y serán benditas todas las na- " ciones y todos los pueblos de la tierra en el que nacerá " de tí." La anterior promesa nos advertia que el Mesías nacería de Abraham: entre los hijos del santo patriarca, Isaac es ahora el designado en esta promesa como padre del Libertador."

§. III.

Cuarta promesa del Mesías.

Jacob, el segundo hijo de Isaac, despues de haber recibido la bendicion de su padre, por el misterioso artificio de su madre Rebeca, partió á la Mesopotamia, siguiendo los consejos de sus padres, para sustraerse á la venganza de su hermano.

Iba en su camino, cuando durmiendo en el campo, tuvo un sueño misterioso: "vió una escala cuyo pié estaba sobre la tierra y su remate tocaba en el cielo; tambien ángeles de Dios que bajaban y subian por ella. Jacob, le dice el Señor, yo soi el Dios de tus padres, el Dios de Abraham y de Isaac: la tierra donde duermes la daré á tí y á tu posteridad."

"Vése pues cómo siempre que los patriarcas quieren alejarse de la tierra de Chanaam, el Señor les promete fijarlos en ella á ellos y á sus descendientes. Esta era la tierra en efecto que debian habitar los patriarcas, porque en ella habia de nacer el Mesías. "Tu posteridad, añade el Señor, será " tan numerosa como los granos de polvo que cubren la tie- " rra: todas las naciones del universo serán benditas en tí y " en el que nazca de tí: te hallas en camino de un pais ex- " tranjero; yo te conduciré á esta tierra que he prometido á " tus padres y tengo reservada para tus hijos."

"Tal fué la cuarta promesa del Mesías. Ella nos dice que es preciso buscarle en la familia de Jacob, porque Esaú y sus descendientes quedan exceptuados. El velo que oculta este gran misterio se levanta poco á poco, y nosotros vamos marchando por grados al término donde el mismo Dios quiere conducirnos."

§. IV.

Quinta promesa del Mesías.

"Jacob, viendo cercano ya su fin, quiso consagrar sus últimos momentos con una de las mas admirables profecías que ha podido inspirar el Señor: mandó á sus doce hijos se reuniesen en torno de su lecho, y les anunció todo lo que iba á suceder á sus descendientes, los diferentes estados en que se encontrarian despues que se establecieran en la tierra prometida, y el carácter singular que distinguiria á cada una de las doce tribus, de las cuales era él el tronco."

"Llega á Judá, y el anciano parece otro hombre: mirándolo con santa complacencia por la futura grandeza de su tribu, le habla de este modo: "Judá, te alabarán tus herma- " nos: tu mano será sobre las cervices de tus enemigos; te " adorarán los hijos de tu padre; no saldrá el cetro de tí has- " ta que venga aquel que debe ser enviado y será la expec- " tacion de todas las gentes."

"Primero: esta promesa profética confirma cuanto las precedentes nos han anunciado acerca del Redentor, desde el principio del mundo. Dice que será la expectacion y la salud de los pueblos: la conversion de los gentiles es en efecto el gran carácter por el cual debe ser reconocido. Segundo: este célebre oráculo de Jacob no se limita, como los oráculos anteriores, á predecir un Salvador esperado de las naciones, sino que señala el tiempo en que debe aparecer. Entónces será cuando la autoridad suprema, figurada por el cetro, habrá cesado en la casa de Judá.[1] ¡Preciosas palabras que hoi mismo nos hacen ver con nuestros ojos, que Jesus es hijo de María, es el divino Mesías prometido por el moribundo Jacob. Tercero: esta promesa nos libra de un grande embarazo. Por las anteriores promesas sabemos que el Mesías nacería de Jacob. Jacob tiene dos hijos; ¿cuál de ellos será el padre del Redentor? La profecía del santo anciano nos saca de la duda: exceptúa las once tribus, y nos advierte que el Mesías deberá buscarse en la tribu de Judá."

§. V.

Sexta promesa del Mesías.

Esta promesa fué hecha á David. Oigamos los términos en que la refiere el autor citado. "Un dia que estaba enteramente ocupado David en este pensamiento (en el de levantar un templo á Dios), le habló el Señor por boca del profeta Nathan. Aquel momento fué el que el Dios de Isaac, de Abraham y de Jacob, escogió para renovar la promesa del Mesías. "Ya sabéis, dijo á David, que desde el dia en " que saqué á los hijos de Israel del cautiverio de Egipto " hasta el en que os hablo, he sido viajero como mi pueblo. " Le he seguido por todas partes, y no he tenido mas mora- " da que un tabernáculo y una tienda. Sin embargo, no se- " reis vos el que me construya un templo; ese honor está " reservado á vuestro hijo. Colocaré sobre vuestro trono á " un hijo que procederá de vos. Estableceré su trono para " siempre: seré su padre, y él será mi hijo: vuestra casa " subsistirá siempre y vuestro trono será eterno."

"¿Quién es ese hijo que el Señor promete con expresio-

1 Las paráfrasis caldaicas, los doctores mas antiguos entre los judíos, han aplicado siempre y aplican aún este oráculo de Jacob al Mesías. Véase el *Minimem fidei*, p. I, c. 14. Así lo sienten los padres de Oriente y Occidente: para contrarestar á las dificultades de los incrédulos es preciso advertir que la palabra cetro no significa precisamente el reinado en el sentido rigoroso, sino una preeminencia, una autoridad análoga á los diversos Estados de la nacion. Los intérpretes convienen en esto mismo.

nes tan magníficas? ¡Es Salomon? No, pues que Salomon no es hijo de Dios y de David á un mismo tiempo, y la eternidad no puede convenir á un puro hombre y á un reinado temporal. ¡Cuál es pues ese hijo de David que el Señor promete aquí? Evidentemente es el Mesías, nuestro Señor. En efecto, solo nuestro Señor es hijo de Dios y de David simultáneamente; solo nuestro Señor es eterno; solo él ha asegurado para siempre el trono de David, pues en su cualidad de Hombre-Dios, de hijo de Dios y de hijo de David, reina y reinará siempre en el cielo y en la tierra."

"Esta promesa nos ayuda mucho para descubrir al Mesías. La primera promesa hecha á Adan nos anuncia un Redentor, sin decirnos ni el tiempo ni el lugar de su nacimiento, ni el pueblo de donde saldria: la segunda, hecha á Abraham, nos dice que nacería de la raza de Abraham: la tercera, hecha á Isaac, nos enseña que nacerá de él: la cuarta, que nacerá no de Esaú, sino de Jacob: la quinta promesa, hecha por Jacob al morir, nos advierte que saldrá de la tribu de Judá; y en fin, la última promesa nos revela que será de la familia de David. Desde entónces para en adelante todas las naciones del mundo, todas las tribus de Israel, y aun todas las familias de la tribu de Judá, excepto la de David, quedan á un lado; no tenemos ya que buscar al Salvador del género humano mas que en la familia del Santo Rei. Así, de grado en grado llegarémos á señalar con el dedo, si nos es permitido expresarnos de este modo, al niño de Belén."[1]

1 *Gaume*, Catecismo de Perseverancia. Parte primera, Lec. XXI y siguientes. (Extracto.)

EXPOSICION
DE LA
DOCTRINA CATOLICA
SOBRE LOS
DOGMAS DE LA RELIGION.

LIBRO SEXTO.

EL MESIAS PROMETIDO.

ARTICULO SEGUNDO.

JESUCRISTO REPRESENTADO EN LA HISTORIA.

Consideraciones generales sobre las diversas figuras del Redentor que hai en la Historia del Antiguo Testamento.—I Adan.—II Abel.—III Noé.—IV Melquisedec.—V Isaac.—VI Jacob.—VII José.—VIII El Cordero pascual representaba al Redentor. IX La columna de fuego, el Maná y la Roca de donde brotaban las aguas en el desierto son otras tantas figuras del Redentor.—X Los sacrificios y la Serpiente de metal representaban á Jesucristo.—XI Josué, Gedeon y Sanson.—XII David, Salomon y Jonas.—XIII Preterición de otras figuras.

INTRODUCCION.

HEMOS visto que Dios, á fin de que sus promesas de un Redentor, así como su revelacion y su lei, no fuesen á perecer confundidas en la multitud de las generaciones, dispersion de las familias, y diversidad de los pueblos, quiso separar, y separó de facto, de entre todas las naciones una que llamó suya, escogida, y que conservó constantemente sin permitir que se confundiese nunca, para que fuese el órgano de su palabra y la depositaria de sus promesas, para que llevase sin extravío, por expli-